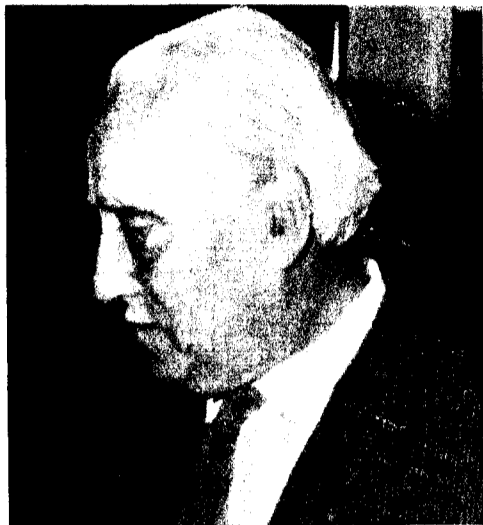




# ARTE Y ARTISTAS

## En memoria de un pintor y un amigo: JAUME MERCADÉ



Jaime Mercadé, en 1966

DOS años hace, día por día, recibían cristiana sepultura los restos mortales del estu-  
pido hombre de bien y magnífico pintor que  
fue nuestro inolvidable Jaime Mercadé Que-  
ral. Abandonaba el artista este mundo a los  
setenta y ocho años de su edad y en la más  
completa disposición de sus posibilidades, su  
sensibilidad aguçada, como inédita, aún, y  
su talento investigador y especulativo en ple-  
na actividad. Perdimos con él no tan sólo un  
pintor admirable por su obra, extensa, varia,  
viva y sustanciosa, sino, también, uno de los  
elementos de mayor representatividad, vitali-  
dad y eficacia de nuestro ambiente, en cuya  
atmósfera era un permanente ejemplo de la-  
boriosidad e inquietud, y ésta no, ciertamen-  
te, motivada en su espíritu por sensación de  
frustración alguna con respecto a lo que en  
sucesivas etapas de su expresión plástica ha-  
bía realizado ya, ni menos, todavía, por mero  
y superficial prurito de cambio, pero sí hija  
de su continua vuelta sobre sí mismo, moti-  
vando sucesivos desdoblamientos de su len-  
guaje en diferentes facetas, y producto de su  
desvelada curiosidad por cuantas nuevas ad-  
quisiciones tocante a procedimientos, concep-  
to y enfoque se fueron produciendo durante  
su carrera en la estética viva de nuestro  
tiempo.

Aparte de la considerable, de la profunda  
calidad intrínseca de la obra de Jaime Mer-  
cadé, hubo en su personalidad de artista una  
cualidad que primó sobre todas las demás y  
de la cual éstas recibieron la marca indele-  
ble. Ella era el entusiasmo, constante motor  
de su trabajo, la que le hizo comprometerse  
a fondo en cada una de las aventuras que  
emprendía. No era él hombre —como tantos  
conocemos y contra los cuales me libraré  
mucho de formar opinión peyorativa por esta  
causa— envuelto en tibias, temerosas de sa-  
lirse del camino con riesgo de perderse. El  
se entregaba sin ninguna mesquina cautela,  
sin astuta reserva alguna, a cada una de las  
nuevas modalidades de que su sensibilidad  
se valía para expresarse. Su nobilísimo terror  
frente a la idea de petrificarse en un molde  
previamente bien hallado, produjo a lo largo  
de su obra fertilísimas fluctuaciones. Impul-  
sado por la gosaosa glotonería de la explora-

ción, con sus arias y abismos, en cada nueva  
de sus sucesivas etapas nos dio un distinto  
aspecto de su espectacularización del univer-  
so, etapas, sin embargo, mantenidas constan-  
tamente por un eje inflexible, cuyos dos ex-  
tremos son la claridad formal y la limpieza  
colorística.

Jaime Mercadé nos fue dando, en sus cin-  
cuenta y tres años de pintura —murió en  
plena tarea, dejando un lienzo empesado—  
sus morfologías autoritarias y absolutas, or-  
gulosas de ser como eran, que luego vimos  
suavisarse y acuosarse en menor medida,  
como sus colores enardecerse o agrisarse en-  
calmadamente y sus imágenes desprenderse  
de todo género de accidentes ociosos o decan-  
tarse, últimamente, a una locuaz y sustan-  
ciosa elaboración textual, pero nunca pudie-  
mos darnos cuenta de ningún desfallecimiento  
en su rebuena ni flojedad en el vigor de su  
sensibilidad. Nos dio retratos de una intensa  
vitalidad y un carácter espeluznante, bode-

gonos de compacta coordinación, asuntos de  
figura armónicos y limpios, sin fallo, y  
abundantes interpretaciones de los entraña-  
bles, inagotables, parajes de su tierra natal  
—el Campo de Tarragona, hijo de Vall, como  
era—, sus montañas y sus campos, sus sem-  
brados y majuelos, sus casas y mansos, sus  
muros de «piedra seca», cercando sus viñas  
y olivares, sus gloriosos monumentos, con una  
emotividad que a cada momento hallaba en  
sí misma su fórmula y su modo.

La tierna y entrañable humildad descrip-  
tiva de la pintura de Jaime Mercadé, en la  
cual vemos rendida la sensación más exacta  
y vívida de la luz y el ambiente de cada  
paisaje, se hace limpia y enjugada síntesis,  
abstracción tan inteligente como sensitiva.  
Por su acción todos los elementos de la rea-  
lidad fueron filtrados y depurados para alisar  
su propia esencia, sin nieblas ni turbiedades,  
en su estricta forma y sumergidos en el aire  
y la luz que les rodean.

Jaime Mercadé se hizo una figura señera  
de nuestra pintura figurativa más viva y  
actual y se contó con ella como representa-  
tiva de su sector más agudamente certero en  
su evolución expresiva. Conquistó una indis-  
cutida categoría por parte de todos los secto-  
res, obtuvo importantes premios y distincio-  
nes, tanto aquí cuanto en el extranjero, y se  
le llamó para tomar parte en selecciones de  
alcance internacional, en las cuales su pre-  
sencia era necesidad ineludible. Esta consi-  
deración, durante el paso de estos dos años  
no ha hecho más que ratificarse y el recono-  
cimiento de su obra, empapada de dignidad  
y maestría ha cundido de más en más.

Entre las obras seleccionadas últimamente  
con motivo de la «Exposición de Pintores fi-  
gurativos de la España Actual», enviada a  
San Diego (California) y San Luis (Misuri),  
figuran pinturas suyas. Se le reproduce una  
en negro en el contenido del catálogo, redac-  
tado por Carlos Areán, y otra, a todo color,  
es la que ilustra la portada de la publicación,  
recio volumen publicado por la Dirección Ge-  
neral de Cultura Popular y Espectáculos del  
Ministerio de Información y Turismo.

JUAN CORTÉS

## CRONICA MADRILEÑA

### RETRATOS Y ESTATUAS DE FEDERICO COULLAUT VALERA



Federico Coullaut Valera. — «Maternidad»

CON escasa frecuencia se dan en nuestro panorama arti-  
stico las exposiciones de los escultores. Diríase que el  
estatuario es hombre menos preocupado socialmente que el  
pintor por mostrar el curso de su camino plástico. Pero de  
sobra conocemos la gran dificultad que lo mantiene atado  
al estudio, en un anhelo de manifestación estética no libe-  
rado de la más dura esclavitud artesana, ya que a la vez  
actuará como creador y operario —en la más literal expre-  
sión del vocablo— de su obra.

Por compensación al lastre y peso con que nace, la obra  
escultórica es más conceptual que la pictórica. La pugna co-  
municante entre escultura y contemplador se dirime no en  
el terreno sensorial, sino en el intelectual. Los volúmenes  
gozan de un ritmo interno, suspendidos en el espacio, y su  
mensaje se inscribe tanto en el campo de la Matemática  
como en el de la Filosofía.

El escultor que ofrece su obra en el «Club Puellos» lo  
hace cuando ésta asume, plenamente, su vocación creadora.  
Federico Coullaut Valera ha trabajado muchos años silen-  
ciosamente, sin preocupación exhibitoria. Le bastaba con ver la  
obra terminada en el taller y con dejarla luego colocada en  
el interior, el templo o la plaza pública. Porque ninguno de  
los posibles destinos a una escultura se han cerrado a las  
estatuas salidas de sus manos.

Para mí, sin embargo, en el hacer del artista hay dos  
vertientes clave: el monumento y el retrato. Difícil parece  
dominio de ambas. Pide el monumento ámbito libre, simpli-  
ficaciones formales y una «pre-visión» de los contornos dibu-  
jados contra el cielo, el paisaje o las edificaciones, en con-  
jugación perfecta, capaz de hacerlos ritmar con ellos, sin  
obturarlos, dejando pasar libremente el aire por los inter-  
sticios del conjunto estatuario. La concepción habrá de ser a  
la vez grandiosa, pesante y aligera. El retrato, en cambio,  
es una observación humana en proximidad. El buen escultor  
buscará las simplificaciones precisas, imprimirá táctiles vi-  
braciones a la materia, comunicando el hábito vital al bronce,  
la piedra o la tierra cocida, y lo hará sin renuncia alguna a  
la concepción escultórica esencial.

Federico Coullaut Valera, en cuya obra se inserta tam-  
bién la vertiente imaginera, ejercitada con fervor y nobleza  
es, por encima de todo, escultor de monumentos y retratos.  
Entendamos, cómo en el concepto monumento cabe inscribir  
esas figuras suyas, labradas en la piedra caliza o fundidas  
en cemento de que ha poblado jardines y lugares públicos,  
e incluso las estatullas que, no obstante las breves dimen-  
siones, nacieron de sus manos con la plenitud de lo monu-  
mental escultórico.

Ha querido el lector dar a su exposición el auténtico tono  
de la «muestras». No encontramos aquí toda su obra de esta-  
uario. Pero sí la significación expresiva de sus varios cam-  
minos. Y, lo más importante, el testimonio de su última in-  
quietud estética.

JULIO TRENAS

## JUAN ESCODA



Juan Escoda. — «Desnuda»

PREPARADA que tuvo Juan Escoda, y dispuesta para  
mandar a Munich, una copiosa serie de pinturas  
que le han sido adquiridas por una importante galería  
de aquella capital, varios de los elementos directivos  
de la asociación «Amigos de Granados» han querido  
que antes de abandonar el suelo del país las mencio-  
nadas obras fuesen exhibidas al público barcelonés.  
Su muestra tiene efecto por unos días que terminan  
hoy, en la espaciosa sala de exposiciones del «Cama-  
rote Granados», dedicada sólo a mostraciones no vani-  
les y que no se utiliza más que en contadas ocasiones  
—como fueron, por ejemplo, las exposiciones de Ben-  
jamín Palencia y la más reciente de Alvaro Delgado—.  
La local, esta sala, de solemne y prestigioso empaque,  
la mayor entre las particulares de nuestra ciudad y  
armónica y bien acondicionada para estos menesteres.  
Figuran en la mencionada exposición las últimas  
producciones del artista que, si bien no es conocido  
entre nosotros de modo multitudinario, pues muy poco  
es lo que ha exhibido aquí de sus obras, no se halla  
precisamente en sus primeros pasos. Tiempo hace ya  
que viene pintando y colocando su pintura en el ex-  
tranjero. Su vinculación a una de nuestras galerías de  
arte ha sido gran parte en que se mantuviese en una  
justificada reserva tocante a este particular. La expo-  
sición consta de una nutrida serie de gitanas astrosas  
y patéticas, algunos desnudos y bodegones y una can-  
tidad de cuadros en los cuales ha desarrollado diver-  
sas cabezas dentro de un desgarrado expresionismo.  
La exposición nos da cuenta de un vibrante sentimien-  
to ganoso de comunicabilidad cuya expresión se vale  
de una técnica aborrecida de refregones y empastes  
elaborados a base del óleo y frecuentemente con el  
aditamento de material que comunica nuevo acento a  
la textura, todo ello impulsado por un patente senti-  
miento lírico de raíz escasamente ortodoxa, virulento  
y apasionado.

## SAUMELLS

NO dudo en calificar la exposición que estos  
días tiene instalada Luis María Saumells en  
«Sala Gaspar» como la mejor que nos ha ofre-  
cido en su espléndida carrera, donde las prue-  
bas que nos ha dado de su talento han sido  
reiteradas una y otra vez. Sobre la extensa va-  
riedad —variedad ya en él acostumbrada, como  
la cantidad, también— de lo exhibido, sobre las  
novedades que nos aporta, que son importantes  
y persuasivas a más no poder, me atrevería a  
decir que me ha impresionado en medida mu-  
cho mayor la rotunda sensación de madurez que  
con absoluta eficacia vehiculiza en esta ocasión  
acaso más que en otra alguna la maravillosa y  
penetrante intensidad anímica que domina en  
todas sus realizaciones.

Estas comprenden todas las actividades a  
que nuestro artista se dedica en su polifacético  
quehacer, desde la figura de bulto exento al  
bajorrelieve, a la pintura sobre lienzo al óleo,  
al aguafuerte, con el aguatinta y la puntaseca,  
a la acuarela y al dibujo. Todo ello conducido  
a término con la integridad conceptual que le es propia, sin un aflojamiento en  
su enérgica tensión, en una técnica consciente apurada al extremo.

Ha agregado a esta temática Saumells una impresionante serie de relieves re-  
presentando «El artista en su taller», cuya evocación espacial ha sido resuelta ad-  
mirablemente, exenta de cualquier formalismo y graciosísimos en el ritmo de su  
composición y la gradación de su bulto, en los cuales se introducen las rollizas  
anatomías de las modelos en contraste con el canijo y desnudo organismo del  
artista, derrotado y anorreado por el turgente esplendor del cuerpo femenino que  
contempla.

Siguen los rotundos grabados, los incisivos dibujos, las dramáticas pinturas, ilu-  
minado todo por el destello vital de la inspiración de su autor. Cíncel, buril, pabillo,  
pátina, pincel y pigmento han trabajado de consuno movidos por una auténtica  
sensibilidad de artista y un pundonor profesional insuperable.

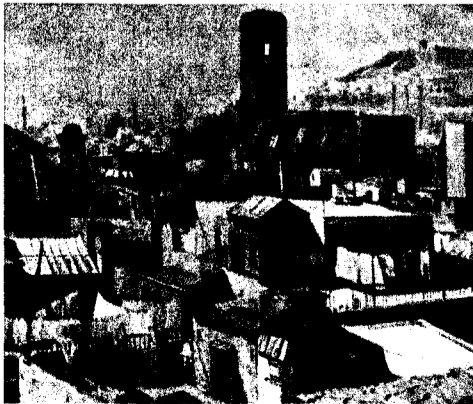


Saumells. — «El pintor»

## ALBERTO MUÑOZ

DOS años hacía ya desde la última exposición que este vigoroso  
pintor que es Alberto Muñoz nos había presentado. Vuelve a  
hacerlo en esta última quincena, en «La Pinacoteca». Si no pre-  
senta novedades en su repertorio de imágenes —composiciones de  
figura, bodegones, paisajes rústicos y urbanos— ni en su con-  
cepto, de ambiciosa totalidad, su inteleción del lienzo en anchu-  
rosos ritmos y su trabazón en un sentido que sin abandonar la  
interrogación de los accidentes del tema busca la íntima plasti-  
cidad de su narrativa, se nos ofrece manteniendo y acrecentando  
el vigor de su elocución.

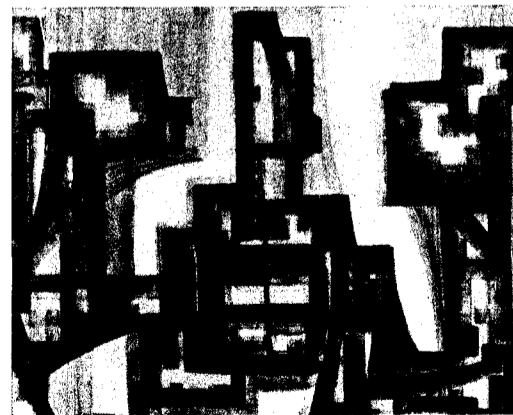
En las composiciones de figura la trabazón de elementos  
deja mayor paso a la  
atención por una de-  
terminada amabili-  
dad mientras en los  
paisajes el principal  
papel queda enco-  
mendado a la lumi-  
nosidad, la transpa-  
rencia y a la sensa-  
ción espacial, como  
en las vistas urba-  
nas, donde la estruc-  
tura de las edifi-  
caciones se acopia  
en perfecta conjun-  
ción, y en los bode-  
gones, la unidad  
compositiva está lo-  
grada con plenitud y  
coordinación de su  
juego de valores.



Alberto Muñoz. — «Tejados de Barcelona»

## BARTOLOMÉ

EXPONE en la sala  
del Ateneo Barcelo-  
nés el pintor Jaime  
Bartolomé una colec-  
ción de lienzos de plea-  
na inspiración abstra-  
ta, si bien, contraria-  
mente a lo que es  
corriente y general en  
los adictos a la tenden-  
cia, en vez de limitar  
y someter la expresión  
gráfica de sus concep-  
tos al estricto y puro  
bidimensionalismo, sin  
intento ni pensamiento  
alguno de pasar más  
allá, él se propone in-  
corporar a su pintura  
la sensación de profun-  
didad óptica. Claro es-  
tá que, dados los pos-  
tulados de esta escuela  
tanto da, en relación a  
su concordancia con ellos,  
la presentación llana y  
lisa de las dos dimen-  
siones como la evocación  
tridimensional, pues, todo  
es uno y lo mismo a los  
efectos del afán de pura  
creatividad que la inspira.  
El propósito de nuestro  
pintor, de rendir una  
sensación de tridimensio-  
nalidad, logra plena sa-  
tisfacción. Sus abstra-  
cciones se levantan como  
auténticas construcciones  
físicas suscitando el  
vago recuerdo inexis-  
tente de gigantescas obras  
féricas de quien sabe  
qué factorías, con una  
corporeidad imperiosa y  
autoritaria, por cuyos  
intersticios circula el  
aire y cuyas masas, en  
aplomados ritmos y  
bien rimado equilibrio,  
conducidas por lo gene-  
ral a través de verticales  
y horizontales, engendrán-  
dose mutuamente, se  
destacan sobre un fondo  
claro que le otorga mayor  
profundidad. Su color  
tiende más a frío que  
cálido y abunda en él el  
azul. Sus masas descan-  
san a menudo en gruesos  
ribetes negros que fijan  
y sujetan la composición  
en mayor medida.



Bartolomé. — «Composición»